

Augusto Rivera

Escribe: RODOLFO CHARRIA

Generalmente Augusto Rivera ha privado a los críticos de ejercer su papel de maestros de ceremonia en el espectáculo eventual de exposiciones, resulta entonces particular y absolutamente coherente su actitud al revisar los textos que escribe, por la fiel continuidad que establece con lo pintado. Quien no conozca su producción plástica se atrevería a pensar que el hecho radica en la necesidad inconfesable de decir con palabras lo que no pudo con dibujos y pinturas. En tal caso habría que mirar, ojalá sin orden cronológico, todo cuanto se pueda en el desarrollo de historias contadas en prosa, dibujos, poemas y pinturas para desembocar sin duda en el mismo punto de partida; Bolívar, pueblo cercano a Popayán, y satélite como el mío de una extraña cultura adormecida en nuestro siglo, engendrada por el fantasma de la colonia nunca bien terminada y el rescoldo de vicios y virtudes guardadas por gruesas paredes de adobe, piedra y calicanto.

El Cauca ha sido muy generoso en su producción de presidentes y poetas (todos de buena familia) mas no así de pintores. Después de Efraín Martínez, quien dicho sea de paso, merece la más escueta revisión por parte de los historiadores colombianos, sólo Rivera y Luis Angel Rengifo tienen algo que ver con el arte colombiano en los últimos tiempos y de los dos es Rivera el único verdaderamente caucano en el uso despiadado de mitos y verdades en su concepción artística. Cuando se habla de narrativa y en narrativa de colombianidad, todos coincidimos en un lugar común: García Márquez. No es mi objetivo establecer comparaciones fáciles ni entrar en divagaciones que me permitan ocupar cinco cuartillas, pero sí ver algunas cosas que al final nos llevan a destacar algunas referencias entre el pintor y el novelista. Dos

personajes distanciados por objetivos políticos y la vecindad de sus ancestros, dos personalidades coincidentes en aspectos básicos de la apreciación del carácter cultural colombiano y sus reflejos en el comportamiento social de Macondo y de Bolívar, lo mismo que de Tunja y Valledupar o Cartago e Ipiales; la exuberancia de los marcos en que se desarrolla su historial, la multiplicidad de personajes en actitudes incongruentes, la repetición de formas indicadoras de un inagotable deseo de presencia y la reiteración casi obsesiva de las imágenes centrales, además de la aparente confusión de los muchos elementos que conforman en uno y en otro sus verdades, verdades como obra, sin que ello signifique resumen estricto ni visión desprevenida, sino por el contrario recreación en el arte de vivencias y sensaciones.

Lógico es entonces trasladar aquí, como ya lo hice en otra ocasión un trozo de lo que Rivera ha escrito y que ilustra de buena manera lo dicho: “El inventario de mi pueblo es infinito, sus narices enormes de herreros, de amantes secretas, languideces de mariquitas mórbidas, mujeres de luto, tíos y tías que pactaban con el diablo tranquilamente alguna puñalada por amor o por el partido, cerro al fondo, historias historias”. “Ojalá que los decires, ámbitos y seres que fueron mis buenos amigos de niñez después de navegar por mis modestos alambiques, puedan respirar holgadamente en estos dibujos”.

Todo esto dicho con la rapidez del trazo de tinta y el conocimiento de los secretos del buen oficio de pintor es lo que me permite entrar sin mucha reverencia en el mundo del maestro, que de alguna manera puede ser el mío, ya que también crecí en un pueblo caucano, cargado de gente bien, con zapatero y herrero, con solteronas y prostíbulos decadentes, marginados desde luego de la plaza principal, pero con incidencia lógica que los hace parte de cualquier estudio o ubicación histórica, con la visita del obispo para el tiempo de las fiestas del patrono, con rencillas políticas no pocas veces terminadas en gresca, con semana santa nostálgica por no tener el oro y las sahumadoras que tiene Popayán, con alcalde bruto y concejales honorables, con juglares y embaucadores de todas las especies, que hacían fiestas de la ingenuidad pueblerina de las gentes y con una gran masa que todavía trabaja bajo el sol para que a pesar de las variantes que ha impuesto el progreso y la capacidad de consumo todo siga sucediendo.

Con frecuencia su presencia en las salas de exposiciones significó desconcierto para el grueso del público, en el encuentro con una simbología extraña y confusa que partía el rompimiento de las tradiciones compositivas, un desplazamiento diagonal de figuras dentro del espacio, para sustentar, creo, la avalancha de pechos y manos multiplicados como indicadores mórbidos de la exuberancia de musas nunca satisfechas de su aparición en escena o de la expectativa de caballeros circunspectos empeñados en pactos diabólicos o en sospechosas relaciones con sus damas. Análoga situación se presentó para más de un crítico con la diferencia de que este pudo cuestionar el hecho con apreciaciones técnicas donde la habilidad de Rivera fue su principal enemigo por cuanto constituía un vehículo, capaz de cargar flamantemente esbozos de lo que podrían ser sus verdaderas creaciones. Afortunadamente en cuestión de producción estética el talento no se mide por la cantidad de obras de tal o cual calidad y en cualquier momento aparece el cambio que obliga a volver los ojos y a sentir sobre quien en tiempo cercano no contó con los aplausos.

Augusto Rivera es buen ejemplo de un temperamento ajeno a las fidelidades formales, ni siquiera es fiel a sus propios logros, de ahí que su lenguaje resulta como anotaba antes confuso para muchos (tal vez tengan razón) especialmente cuando el despliegue de habilidad va más allá de los propósitos. Sin embargo en el ir y venir de los días ha demostrado que por encima de todo está la enorme fuerza creadora, motor de sus acciones y el inagotable caudal de ideas que pasa por su mente para destilarse en un taller.

Por un largo período el eje compositivo estuvo trazado, como afirmé antes, por el desplazamiento en diagonal de las figuras, hecho que según él significaba un simple placer personal de oficio, y que a mi manera de ver ofrecía la posibilidad de conformar su narrativa locuaz y dinámica, además de aligerar la lectura de símbolos y por tanto la asimilación de ideas por parte del observador. En ocasiones más recientes estos ejes varían en cada tema logrando hasta cierto punto un formalismo sencillo y el dominio de la razón sobre emoción que invade al pintor en su desarrollo creativo.

Puede resultar ambiguo, pero en esto de la apreciación del arte las ambigüedades son tantas que ya parecen lugar común, hablar de barroco, de informalismo, de surrealismo o de realismo

fantástico (expresión esta última muy en boga) pero lo cierto es, que la obra de Augusto Rivera reúne mesuradamente características de múltiples momentos históricos en la pintura universal. Sus cuadros se nutren de la luz interior característica del barroco para dar cabida a la explosión exuberante de personajes y el carácter de algunos de estos es verdaderamente surreal aunque en apariencia externa nada tengan de familiares con lo de Dalí o Duchamp. No está por demás anotar que el barroquismo es propio de nuestro carácter americano y lo surrealista va unido a la exploración íntima de los motivos expuestos por el pintor como asidero de su obra. En síntesis creo que no es apresurado afirmar que Rivera es un ecléctico de la pintura contemporánea y que en su eclecticismo logra reunir todo lo valioso del arte reciente para conformar con ello una de las propuestas más decididamente colombianas.